

8: Fragmento del Pasado: Len - La Corrida Perfecta

- 8: Fragmento del Pasado: Len - La Corrida Perfecta

8: Fragmento del Pasado:

Len - La Corrida Perfecta

Antes la llamaban la ciudad de los canales. Decían que era la urbe más hermosa del mundo, visitada por turistas que llegaban desde China solo para contemplarla.

Eso sucedió antes de las Guerras.

Más de una década después, Venecia se había convertido en una tumba abierta, en un pantano venenoso cuyas aguas rebosaban de plantas tóxicas y lodo oscuro. Algunas islas se habían hundido, sus sustentos destruidos por los bombardeos de drones de Mechron. La mayoría de las casas estaban en ruinas, invadidas por gusanos e insects, con sus habitaciones llenas de antiguos huesos humanos; mientras tanto, los suburbios de la ciudad habían sido ocupados por saqueadores que usaban embarcaciones para atacar comunidades costeras.

Al menos, eso fue hasta ayer. Hasta que llegó el grupo de Ryan.

Aunque no fue una elección del adolescente. El padre de Len prácticamente los arrastró desde la ciudad de Rubano, al enterarse de que en la banda de saqueadores locales había Genomas entre sus miembros. Ese maníaco nunca podía resistirse a la tentación de buscar presas fáciles, dejando a los demás a rescatar lo que pudieran mientras él salía de caza.

Los bandidos más sabios habían huido sin mirar atrás; los otros habían perecido, sus cuerpos exangües arrojados a las aguas. Tanto genomas como normales. Nadie podía vencer al padre de Len. Nadie. A lo mejor Augustus o Leo Hargraves, pero aún no los habían encontrado.

Su rostro cubierto con un pañuelo para protegerse del aire malsano, Ryan expulsó estos pensamientos sombríos y miró la casa de piedra delante de él. Libros polvorientos y medio podridos se amontonaban en su patio, formando una escalera extraña para subir sobre las paredes cercanas.

“¡Riri!” la llamó Len desde dentro. “¡Ven! ¡Encontré un tesoro!”

Curioso, el adolescente de dieciséis años entró en la casa mientras silbaba. Como era de esperarse, era algún tipo de biblioteca, aunque diferente a cualquier otra que Ryan hubiera visto. Los libros apilados formaban un laberinto de paredes y giros, casi capaz de aplastarlo si alguna vez colapsaban. A diferencia de otras zonas de la ciudad, la vegetación no los había invadido, y claramente los saqueadores habían ignorado el edificio; nadie respetaba la cultura en estos tiempos.

Encontró a Len en una embarcación. Literalmente. Los dueños habían transportado una góndola dentro de la biblioteca antes de llenarla de libros. Su mejor amiga yacía sobre una pila, leyendo algo.

“Hola, enanito.” La chica con aspecto de niño rebelde de su edad, Len era un poquito más pequeña que Ryan y no le gustaba que le recordaran esa diferencia; por eso, él la molestaba sin piedad. “¿Estás leyendo 'Los Viajes de Gulliver'?”

“No soy baja, ¡estoy creciendo!” protestó Len, interrumpiendo su lección para mirarlo con sus hermosos ojos azules. Ryan a menudo pensaba que en ellos podía ver el mar que ella tanto amaba. Su piel era pálida, su cabello negro como el cuervo alcanzaba los hombros. Verdaderamente, una Jesabel moderna, aunque vestía ropas de viaje marrones en lugar de ropajes nobles. “Ahora ven aquí antes de que te lance un diccionario a la cara.”

Ryan se recostó junto a su mejor amiga, tocándose los hombros, y echó un vistazo a la portada. Aunque era antigua y amarillenta por el paso del tiempo, el libro parecía estar relativamente bien conservado. “Vingt Mille Lieues sous les mers, escrito por Jules Verne.”

“Veinte mil leguas de viaje submarino, escrito por Jules Verne, edición francesa,” tradujo Len, con los ojos casi brillando. Ya tenía dos copias de ese libro, pero ninguna en el idioma original. “No te imaginas cuánto tiempo he estado buscándolo. Las traducciones son terribles.”

“Pensé que no sabías francés, ¿pero no?” se burló Ryan, a lo que Len le pellizcó el brazo en respuesta. “¿Ay!”

“Te lo mereces, Riri,” respondió ella. “Et j’apprend la français, merci bien beaucoup.”

“El francés,” la corrigió Ryan. “Y puedes quitar el ‘bien’.”

Suspiró. “Solo toma un libro y cállate. Creo que tienen ‘Cómo ganar amigos e influir en las personas’, que realmente necesitas leer.”

“Me gusta leer, pero no tanto como comer,” dijo Ryan. Len había llenado su bolsa de provisiones hasta el tope con libros y nada más. “A menos que quieras que te haga comer tu Manifiesto Comunista.”

“Si haces eso, te comeré, Riri. Con tenedor,” ella agitó una mano hacia la biblioteca. “Este lugar no habría llegado a ser un vertedero tóxico si la revolución comunista hubiera ocurrido.”

“Quizá habría sido un gulag en su lugar,” replicó Ryan, disfrutando con la provocación de sus creencias.

“La gente destrozó todo, pero el concepto es correcto,” protestó Len, cerrando su libro y colocándolo sobre su pecho. “¿No es malo pensar que todos deberían ser iguales?”

“No, solo ingenuo.”

“Todavía podría suceder,” insistió Len con un optimismo alegre. “Todo ha sido reiniciado a cero. El mundo ha cambiado.”

“Sí, pero no la naturaleza humana.”

“Eres demasiado cínico para tu propio bien, Riri,” dijo ella, cerrando su libro y guardándolo en su bolso de viaje, detrás de la góndola. “¿Cuándo crees que volverá papá?”

Una vez que agotó a sus víctimas. “No lo sé.”

Lo miró en silencio, sus ojos entrelazados. Rara vez tenían momentos de privacidad, donde pudieran respirar sin que su padre los observase. Ryan miró sus ojos, luego sus labios...

Hazlo, hazlo, hazlo.

Pero se acobardó.

Su rostro inexpresivo, Len suspiró. Ryan no estaba seguro si era de alivio o de decepción. “¿Puedes ayudarme a quitar los libros de ese barco?” preguntó. “Podríamos convertirlo en una cama.”

“¿Quieres dormir allí?” Ryan dudó. La madera estaba tan dañada que podía desmoronarse en cualquier momento.

“Sí,” dijo ella. “Sí. Siempre quise tener mi propio barco. ¿Sabías que más del ochenta por ciento del océano aún está sin mapear?”

“¿Quieres dormir en la góndola o ponerla en uso?”

“Podríamos encontrar una,” dijo, soñando despierta. “Un barco de verdad. O construir uno. Zarpas como los exploradores de antaño.”

“¿Con o sin tu padre?” preguntó Ryan, haciendo la pregunta difícil.

Len no respondió, lo cual era en sí una respuesta. Sin decir palabra, se levantó y empezó a quitar los libros con la ayuda de Ryan. Cuando terminaron, Len inspeccionó el fondo del barco, frunciendo el ceño. “Eh,” dijo, pensativa. “¿Podría ser?”

“¿Qué?”

“Ese tipo de góndola,” dijo Len, “¿Sabes qué es?”

“Perdón, no soy una fanática de los barcos como tú.”

En lugar de responder, Len golpeó en un lugar en la parte trasera de la góndola. “¿Oíste eso?”

“Nada.”

“Exactamente,” dijo Len triunfante. “Este tipo de embarcación suele tener un compartimento secreto. Transportaban mensajes, dinero o incluso drogas.”

“Pensarías que los saqueadores ya lo habrían encontrado,” señaló Ryan.

“No es de conocimiento común y debes saber dónde buscar para encontrarlo. ¡Todo aficionado a los barcos lo sabe!” Ella a veces podía ser tan engreída. “Además, es una biblioteca.”

Sí, Ryan dudaba que muchos locales hubieran visitado la biblioteca y, considerando el polvo que levantaron al sacar el libro, nadie había tocado la góndola en años. Los saqueadores debieron haber revisado las zonas obvias de préstamo sin fijarse demasiado.

“Quita esa tabla de madera,” señaló Len apuntando a un sitio. “Está vieja, no debería ser difícil.”

“¿Por qué yo?” se quejó Ryan.

“Eso se llama división del trabajo,” respondió ella con una sonrisa radiante. “¡Yo creo que tú debes trabajar!”

“Si es trabajo, eso significa que me van a pagar.”

“Te dejaré dormir en la góndola,” le guiñó un ojo Len.

Las cosas que hacía por ella...

Al final, como decía Len, la madera estaba tan dañada por el tiempo y las termitas, que Ryan no tuvo dificultad en quitar las tablas con sus propias manos. Y, como ella pensaba, el barco tenía un compartimento... con un tesoro impresionante en su interior.

Una caja metálica hexagonal, con una cerradura en espiral. Los dos adolescentes apenas pudieron contener la respiración ante ese hallazgo.

“¿No puede ser...” Los ojos de Len se abrieron de golpe, asombrado. “¿Eso es lo que creo que es?”

“Creo que sí.” Una de las míticas Wonderboxes, enviadas por el Alquimista a los primeros Genomas. Los dispositivos que iniciaron la tragedia de la Última Pascua y las guerras de los Genomas que siguieron. Ryan no tuvo problema en abrir la cerradura, habiendo pasado años forjando entradas en casas abandonadas en busca de suministros.

La caja de metal se abrió, revelando una carta bien conservada y tres jeringas llenas de un líquido giratorio. Una azul, otra violeta y otra roja. Cada una llevaba un símbolo de hélice multicolor que giraba.

Elixires.

Ryan cayó en la lectura de la carta, mientras Len se asomaba por encima de su hombro. El papel estaba escrito a mano.

“Felicitaciones, Sr. Rossi.

Ha sido seleccionado para participar en un gran experimento sociogenético diseñado por mí. No me conoce, pero yo sí a usted, Sr. Rossi. Creo que usted es un ejemplar excelente de la especie Homo Sapiens, con las habilidades, inteligencia y genes necesarios para guiar a la humanidad hacia una nueva etapa de su evolución biológica.

Le concedo un milagro.

Esta caja contiene tres Elixires, seleccionados al azar entre una colección de más de diez millones distribuidos por todo el mundo. Seguramente ha oído hablar de ellos en las noticias. Sí, estos sueros brindan múltiples beneficios para la salud, incluyendo un poder único basado en su composición de colores:

: Vida.

: Información.

: Espaciotiempo.

: Energía.

: Materia.

: Abstracto.

Blanco: Meta-poder.

Puede hacer con estos Elixires lo que desee; están listos para usarse y probarse en el campo. Le aconsejo no beber más de uno, pero los datos que recopile serán de gran interés.

Ahora, debo informarle que no es la única persona que ha recibido tal don. Cuando abra sus ojos mañana, el mundo en el que vivió habrá llegado a su fin; en su lugar, despertará en un universo donde el potencial humano ya no está limitado por las pequeñas reglas de la realidad. Un mundo donde todo es posible.

No tengo idea de cómo terminará este experimento divino... pero no puedo esperar a ver los resultados.

Gracias por avanzar en nombre de la ciencia.

Le deseo la mejor de las suertes,

El Alquimista.

“Él nunca abrió la caja,” dijo Len con tristeza.

“Quizá murió antes de poder hacerlo,” respondió Ryan. “Probablemente escondió la caja antes de que llegaran las armas biológicas.”

“¿Crees que el Azul puede convertirte en un Genio?”

“Quizá,” respondió Ryan. Los genios eran un argot para los Genomas, generalmente los Azules, con la capacidad de crear tecnología avanzada mucho antes de su tiempo.

Mechron, el hombre que estuvo más cerca de dominar el mundo, fue el más famoso. Su ejército de robots autoremendables barrió Eurasia hasta que algunos países presionaron su gran botón rojo antes de caer en la próxima. Nadie recordaba quién disparó primero, pero Mechron respondió a las bombas atómicas con bombardeos mediante drones y armas biológicas. Eurasia Central se convirtió en un páramo nuclear; el sur de Europa, en una fosa común.

Al menos esta ciudad no había sido radiada, a diferencia de Turín.

—¿Cuál quieres llevar? —preguntó Ryan a su amigo.

Len palideció. —No podemos beber esto —susurró—. Papá lo notará. Lo puede sentir en la sangre.

—Sí, quizá, pero esa puede ser nuestra única oportunidad de escapar de él.

—No abandono a papá —replicó Len con una mirada fiera—. Él mejorará, lo sé.

—Ni lo sueñes, no lo hará —dijo Ryan con firmeza—. De hecho, cada vez está peor. Ahora que Dynamis y Augusto han puesto un precio a su cabeza, tiene que enfrentarse a cazadores casi a diario. Antes solo estaba loco y violento, pero ahora es violento y paranoico. Jamás sanará, y en el fondo, sabes que tengo razón.

Len mordió su labio inferior, como siempre hacía cuando estaba estresada y triste. —Sigue siendo mi padre —dijo con un toque de resignación en la voz—. Él querrá a todos.

—No tiene por qué enterarse —argumentó Ryan—. Tu padre nos pondrá a todos en peligro —

—¡Len! —una voz aguda resonó desde afuera—. ¡Len! ¿Dónde estás?

Hablando del diablo. Rápido, sin pensar, Ryan tomó un Elixir en cada mano y los escondió en los bolsillos traseros junto con la carta. Al darse cuenta de su intención, Len estuvo a punto de agarrar la última pócima, pero dudó demasiado.

Ryan tuvo tiempo de esconder los Elixires Azul y Violeta, justo cuando el padre de Len entró en la habitación.

El padre de Len ya no era un hombre. Desde que bebió un Elixir de más y sufrió una metamorfosis, su figura se había desintegrado. Su carne, órganos y piel desaparecieron, dejando solo una masa amorfa de sangre que cubría los huesos. Se había convertido en una marioneta sin rostro, de color carmesí, cuyo cuerpo fluctuaba constantemente; se movía como una muñeca sin hilos, con los

brazos agitándose como látigos. No dejó ni una huella, ni siquiera una pisada ensangrentada.

Ambos adolescentes se tensaron, acercándose inconscientemente el uno al otro.

—Ah, Cesare —dijo el Psicópata al ‘ver’ a Ryan—. Qué gusto verte cuidando de tu hermana.

Su nombre no era Cesare, y no tenían parentesco alguno.

Pero Ryan sabía que no debía decir eso en voz alta. El padre de Len estaba enfermo. Muy, muy enfermo. Especialmente en la cabeza. A veces, era el papá amable y buenazo, Freddie, que disfrutaba jugando a las mesa y viendo películas antiguas.

Pero otras veces, era solo Bloodstream.

Y al notar la Wonderbox y el Elixir Rojo, su cuerpo se volvió instantáneamente rígido, sus dedos se convirtieron en garras afiladas. Su humanidad residual desapareció, dominada por una adicción más fuerte que cualquier otra.

Como bestia salvaje que ataca a una presa, Bloodstream se lanzó hacia la caja, empujando con brutalidad a Len y apartándola del camino. Su espalda chocó contra una estantería de libros, algunos cayeron al suelo.

—¡Len! —gritó Ryan, corriendo rápidamente a su lado. Bloodstream lo ignoró, agarrando el Elixir Rojo y destrozando la aguja. No se molestó en inyectarse nada, su cuerpo absorbió el contenido con hambre voraz; su sangre fluctuó como un mar tempestuoso, hasta que se estabilizó.

Por suerte, Len quedó más atónita que herida. Sin embargo, su padre buscó frenéticamente en la caja alguna otra pócima, antes de mirar a los adolescentes con furia. —¿Dónde están las demás? —chilló Bloodstream, ahora en un grito brutal—. ¡¿Dónde están las demás?!

—¡No hay más! —protestó Ryan.

—¡Mentiroso! —la mano de Bloodstream se convirtió en hacha—. ¡Un hijo no debe mentirle a su padre!

—¡Papá, para! —gritó Len.

Como si lo sacaran de un episodio de drogas, Bloodstream se calmó de inmediato. Sus manos volvieron a su forma normal y negó con la cabeza, confundido. El Elixir ayudaría a estabilizar sus mutaciones, al menos por un tiempo.

—Len... Lo siento. Yo...— Bloodstream llevó las manos a su cabeza como si luchara contra una congelación cerebral—Lo siento...

—Está... Está bien, papá— dijo Len, mirando hacia otro lado con los brazos cruzados—Está bien.

Bloodstream observó a su hija con preocupación, sus manos acercándose a ella; sin embargo, retrocedió cuando Len tensó su cuerpo ante su cercanía. El Psico permaneció en silencio, con una expresión inquietante, antes de dirigir su mirada a Ryan.—¿Cesare?

—Sí, papá—preguntó Ryan, odiando cada palabra.

—Len se siente triste—dijo Bloodstream—Sonríele por ella.

Ryan se obligó a sonreír, aunque sus labios no alcanzaban a iluminar sus ojos. Por suerte, el padre de Len no podía distinguir una sonrisa falsa de una genuina. Colocó su mano ensangrentada en el cabello del joven, más como si fuera una mascota que como un hijo.

—Eres un buen chico, Cesare—dijo Bloodstream, sin que la sangre se mezclara con el cabello de Ryan—Eres un buen chico.

El hermano de Len, Cesare, llevaba mucho tiempo muerto. Bloodstream simplemente se negaba a aceptarlo.

Sin embargo, ninguno de los dos adolescentes lo señaló. La última vez que el padre de Len salió de su ilusión, el Psico casi asfixió a Ryan. También lo hubiera matado si Len no hubiera calmado a su padre. Bloodstream solo escuchaba realmente a su hija en la actualidad.

A veces, ni siquiera a ella.

El patrón era siempre el mismo: el grupo se estabilizaba por un tiempo, el padre de Len tenía un episodio violento, y ya fuera que destruyera a los locales o que lo alejaran a la fuerza, tenían que seguir adelante, porque cuando la gente se daba cuenta de que no podían matar a Bloodstream, iban tras Len y Ryan. Repetir y repetir.

Ryan había perdido la cuenta de cuántos lugares habían abandonado en los últimos años. Una ciudad tras otra, finalmente, habían recorrido desde Campania hasta Venecia. Bloodstream los mantenía en constante movimiento, persiguiendo Genomas aislados cuyo Elixir podía drenar para satisfacer su adicción.

—Empaquen sus cosas, muchachos—dijo Bloodstream—Este lugar me vuelve loco. Nos vamos a Aqualand. ¿Te gustará, Len? Siempre te gustó el agua.

—Yo... sí, papá. Me gusta— respondió Len.

—Espero que tengan helados—dijo Bloodstream alegremente, antes de salir de la habitación.

Len miró a Ryan, quien no lo pensó dos veces. Se abrazaron con fuerza, y por un momento Ryan se preguntó si debía dejarla ir en realidad.

Aún llevaba los Elixires en su bolsillo.

Debían partir.